
**LA TEORÍA ECONÓMICA SEGÚN
JESÚS A. BEJARANO**

José Félix Cataño

Profesor Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional

Resumen

Cataño, José F. "La teoría económica según Jesús A. Bejarano", *Cuadernos de Economía*, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 151-172

Jesús A. Bejarano tuvo una preocupación permanente por el estado de la teoría económica. Primero se interesó en la teoría de la firma y de la estructura de los mercados (a la cual criticó), en la macroeconomía y en la teoría de los precios. Luego en el institucionalismo, las fallas del mercado y del Estado, y la relación de la economía con el derecho y la política. En todo momento mostró un espíritu crítico que lo llevó a distanciarse de la economía estándar y a proponer un punto de vista metodológico que defendía la especificidad de la economía con respecto a las ciencias naturales. Este artículo muestra que pese a su erudición y sus esfuerzos, no pudo distanciarse de la ortodoxia ni evitar algunas incoherencias e inexactitudes.

Abstract

Cataño, José F. "Economic theory according to Jesús A. Bejarano", *Cuadernos de Economía*, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 151-172

Jesús A. Bejarano had a permanent interest in the state of economic theory. Initially, his work focused on the theory of the firm and market structures, macroeconomics and price theory. His later writings covered institutionalism, failures of the market and the State and the relation between economics, law and politics. His critical approach led him away from mainstream economics, and he proposed a methodological standpoint which emphasized the differences between economics and natural sciences. This article argues that in spite of his scholarship and dedication Bejarano was not able to set his thought apart from orthodox economics, and points out some cases of lack of coherence and exactitude in his writings.

Jesús A. Bejarano mantuvo una permanente reflexión sobre la naturaleza, el contenido y los alcances del conocimiento económico. Sin embargo, esa reflexión tuvo dos épocas diferentes, que coinciden con sus períodos de trabajo en la docencia universitaria: en los años ochenta y en los años 90, hasta su muerte.

En su primera gran reflexión, la de los años 80, sistematiza sus apreciaciones en varios textos, entre ellos, “Cinco puntos críticos en la teoría neoclásica de los precios” [Bejarano 1982] y el más sistemático, *Teoría de las estructuras del mercado* [Bejarano 1986]. La segunda época, la de los años 90, coincide con su retorno a la actividad docente en la Universidad Nacional. En ella manifestó una visión diferente a la anterior, no tanto por el pesimismo persistente sobre los frutos del modelo neoclásico —especialmente la versión de lo que designa como el programa walrasiano— sino por el optimismo de estar asistiendo a una nueva revolución teórica que ponía en buena vía el análisis económico. *Los nuevos dominios de la ciencia económica* es una conferencia que registra estos puntos de vista y que pronunció en Tunja en 1996. El texto de la conferencia se publica en este número de *Cuadernos de Economía*.

LAS TESIS DE LOS OCHENTA

El panorama de la teoría económica que presenta Bejarano en la década del ochenta puede ordenarse en tres grandes temáticas:¹ las limitaciones de la teoría neoclásica, la teoría general de los precios, la epistemología de la economía y la macroeconomía.

1 Las fuentes principales son Blaug [1985], Morgestern [1978], Shubick [1962], Sraffa [1980] y Stigler [1968].

Las limitaciones de la teoría neoclásica

Siguiendo la tradición inglesa, Bejarano identifica el paradigma neoclásico con la “revolución marginalista, cuya síntesis es Marshall” [1986, 16], es decir, con aquella a la que se enfrentaron Keynes y Sraffa y que constituye el gran cuerpo de la microeconomía fundamental del siglo veinte.²

Bejarano afirma que el objetivo de la teoría neoclásica es dar cuenta de un “sistema autónomo de mercado” y hace un análisis crítico de ella, con el propósito de destacar sus limitaciones y fracasos.

En la evaluación crítica utilizó dos criterios: “la coherencia lógica de la teoría” y “la contrastación con la realidad”. Sin ignorar que es importante el debate sobre la coherencia lógica —reconoce “verdades en lógica y verdades en economía”—, considera que se debe destacar el segundo criterio. Así, para él, la distancia entre los modelos y la realidad se convierte en el principal defecto de la teoría microeconomía de los neoclásicos. Su principal argumento es que el capitalismo está lejos de ser un sistema competitivo, pues está manejado por monopolios y cárteles en los que las burocracias, y no los mercados, son las que asignan los recursos y los bienes de consumo. Por lo tanto, la principal realidad que se debe explicar es la de los efectos microeconómicos y macroeconómicos de los grados de monopolio y de la competencia restringida sobre el ingreso y el producto.

Bejarano afirma —siguiendo a Stigler— que la competencia es un concepto difícil de definir. Ve la competencia perfecta como una teoría imposible, una teoría sin fin o, a lo sumo, “un concepto resbaloso y ambiguo” [1986, 41]. De todas formas, observa que la competencia perfecta (un mundo ficticio e irreal) se presenta como un ideal normativo para la economía positiva —aunque no habla en ese momento de los teoremas de existencia de Arrow y Debreu, ni del nivel óptimo de Pareto— y que por ello, no es un concepto operativo que sirva para designar a una empresa como competitiva ni para dar cuenta de los mercados reales.

En su enjuiciamiento de la microeconomía marshalliana, Bejarano se apoya en la devastadora crítica que hizo Sraffa en los dos famosos artículos de 1925 y 1926: la curva de oferta marshalliana, es decir, el enfoque del equilibrio parcial, debería estar siempre de acuerdo con la hipótesis de rendimientos constantes, so pena de ser incoherente. Sraffa permite así, rechazar la posibilidad de una teoría de oferta y demanda con rendimientos no proporcionales en el marco de equilibrio parcial, es decir, demuestra la imposibilidad marshalliana de ofrecer una alternativa a Ricardo en el sistema de precios de equilibrio. Bejarano señala

2 Para esta tradición, el análisis de equilibrio general de Walras, cuando se menciona, es un sistema demasiado abstracto e irrelevante.

la acertadamente que esa contribución abrió paso al desarrollo de la microeconomía moderna de la competencia imperfecta, en la que Chamberlain y Robinson hicieron los grandes avances. No obstante, también señala que sus resultados no fueron del todo satisfactorios ni tampoco realistas, “ya que [...] los rendimientos crecientes conducían al monopolio y la diferenciación del producto hacía imposible el monopolio”. Con esto volvió a encontrar una debilidad teórica, en el abismo entre teoría y realidad.

Para concluir, Bejarano se refiere al debate acerca de si un régimen de competencia perfecta es mejor (en equilibrio parcial) que uno de monopolio. Recuerda que Schumpeter y Galbraith habían llamado la atención sobre que con las conclusiones de la teoría estática no se podía entender una dinámica de innovación tecnológica y que en algunos casos la producción del monopolio es mayor que la de las firmas competitivas.

Ante los exigüos resultados de las primeras teorías de la competencia imperfecta, Bejarano cuenta que la teoría neoclásica se resigna a retornar a la perfecta, que, de acuerdo con Hicks, si bien no garantiza realismo, por lo menos ofrece coherencia. Aquí Bejarano habla un poco del walrasianismo, en la versión del modelo de Arrow–Debreu, citando el prólogo de Arrow y Hahn [1977]. Se asombra del tipo de interrogación central, que considera muy especulativa y alejada de la realidad: ¿podría ser cierta una coherente disposición de los recursos que sigue las señales de los mercados? Muchas veces Bejarano sintió que la teoría neoclásica tenía allí una ‘zona metafísica’ en la que sólo se tratan cuestiones de la consistencia formal.³

La parte crítica se toma de Morgenstern y de Shubik para afirmar que en el modelo de Arrow–Debreu hay un equilibrio, una demostración de existencia, sin que haya una descripción del problema que pretendían estudiar Smith y Marshall. No obstante, Bejarano agrega una crítica sobre el realismo: “los que afirman su validez [de Arrow–Debreu] no han justificado satisfactoriamente por qué este modelo podría ser cierto” [Bejarano, v. m.]. De allí concluye que la teoría es de poca aplicabilidad y que no tiene importancia empírica. Por tanto, su tesis final es clara: esta teoría es más inaplicable que falsa.

Ante este panorama de fracaso explicativo en los temas de las estructuras de mercado, Bejarano recomienda el enfoque pragmático de la ‘economía industrial’, que intenta dar cuenta del comportamiento de las firmas, de los grados de competencia, de la libertad de movilidad de capitales (las barreras de entrada), etcétera. “El terreno apropiado está entre la competencia y el monopolio y para hacerlo la teoría neoclásica del precio se reemplazó por la teoría de la organización industrial” [Bejarano 1986, 66].

3 Esta idea parece provenir de Blaug [1985].

En síntesis, la brecha entre los modelos teóricos y la economía real se llena con un conjunto de instrumentos analíticos que, sin cuestionar los postulados fundamentales de la teoría neoclásica, son bastante más realistas en términos de la explicación de la economía contemporánea; en particular, de las empresas y los mercados monopolísticos. Es decir, una teoría de la firma se pone al frente de una teoría de la asignación en mercados competitivos y se abre paso a una dinámica en la que cuentan los grados de monopolio. El texto de Bejarano presenta las tesis de Baran, Sweezy, Eichner, Kaldor, Bain, Sylos Labini, Aglietta, Chevalier y otros, que deberían ayudarnos a entender mejor el comportamiento de las firmas y de las estructuras del mercado existentes en el capitalismo contemporáneo.

La teoría general de los precios y la macroeconomía

En un terreno más general, Bejarano expresa también su posición sobre la teoría general de los precios y sobre la macroeconomía. Respecto a la primera, piensa —siguiendo a Nell— que la superación del paradigma neoclásico se logra siguiendo a Sraffa: determinación de los precios relativos por las circunstancias de la producción, frente al paradigma ‘centrado en el mercado’. Bejarano es bastante optimista: “Sraffa abre una época del pensamiento económico. Su posición constituye la única posición posible [de progreso]: podrían recogerse los desechos de la teoría neoclásica”. Pero con su malicia, no deja de anticipar que “habrá que implorar para que no se produzca una nueva síntesis que haga de Sraffa un caso especial [...] La teoría neoclásica tiene una gran capacidad de sobrevivir. A mi juicio, el futuro de la teoría neoclásica es preparar, como el señor K de Brecht, su próximo error”.

De otra parte, Bejarano considera la macroeconomía como un campo intermedio entre la micro y el Equilibrio General, pero denuncia su alejamiento de Keynes. Percibe la síntesis neoclásica de Samuelson, Hicks y Modigliani como una tergiversación o desconocimiento de las tesis del autor de la *Teoría General*, porque se incorporan imperfecciones en la teoría para generar los resultados de Keynes. Aquí es Leijonhufvud quien lo guía para proponer que Keynes es un caso de falla en la coordinación, pues los precios no difunden la suficiente información. Una esperanza se presenta a Bejarano: la macro se salva por el camino de Leijonhufvud, es decir, por aquello que se llamó teoría del desequilibrio, o mejor, teoría de los equilibrios no walrasianos.

La economía y su especificidad epistemológica

Una de las preocupaciones permanentes de Bejarano fue la especificidad epistemológica de la economía. En ese terreno propuso uno de los textos más populares de su obra: “Los límites del conocimiento económico y sus implica-

ciones pedagógicas" [1984], en el que hizo el diagnóstico de una enfermedad de la enseñanza de la economía, que bautizaría, con gran sentido publicista de sus ideas, el *síndrome del séptimo semestre*. Este síndrome —dice Bejarano— se revela claramente cuando, en la mitad de sus estudios, después de ver las materias teóricas, el estudiante advierte un abismo entre teoría pura y teoría aplicada. Como consecuencia, siente que no sabe nada y que la teoría económica es una ficción inútil que no permite entender el mundo real.

Más que denunciar la enfermedad, su propósito es explicar por qué es inevitable que la enseñanza de la economía la genere. Bejarano encuentra que la causa reside en un espejismo: la frecuente asimilación del saber económico al saber de la física. Para que nos vacunemos contra el síndrome, es necesario comprender la especificidad científica de la economía y para ello se requiere estudiar la metodología, aunque Samuelson se oponga.

Bejarano se pregunta: ¿por qué la economía no es como la física? Y se responde: porque la física tuvo una revolución newtoniana que la convirtió en ciencia matematizada, con leyes que se cumplen y con posibilidades de medición y de verificación. Él no encuentra ninguna de estas características en la economía. Sus razones son las siguientes:

1. La economía matematiza sin tener datos y hace modelos sin verificación. Esto no es un defecto de los economistas, sino que, siguiendo a Hayek, la realidad social es compleja, tanto, que es imposible cuantificar el complejo de circunstancias individuales. "En economía estamos perdiendo el sentido de la realidad al intentar matematizarla", pero la matematización no es prueba de científicidad, a tal punto que "una disertación en versos alejandrinos es tan científica como una exposición matemática" [Bejarano 1984, 40].

2. Existe un saber empírico que no se puede tomar como teoría. A partir de la econometría no se puede formular teoría, ya que en economía, una regularidad no es una ley. La ley de Walras y la de la oferta y demanda son las más cercanas a lo que es una ley, pues, además de predecir, brindan una explicación. No obstante, esto no significa comprender por qué la curva de demanda no es verificable. No se puede verificar que la regularidad estadística obedezca a lo que dice la teoría.

3. Tal vez se capten tendencias, pero no leyes. Las leyes son propias de las ciencias verificables.

4. Existen aspectos que no se pueden predecir: la evolución hace que los individuos aprendan. El orden causal es a menudo confuso.

En síntesis, como la realidad social no es como el orden natural, la economía no puede ser una ciencia como la física. El desconocimiento de esta diferencia lleva a que profesores y alumnos se hagan ilusiones sobre la capacidad científica de la economía. Al frustrarse la ilusión, se genera el 'síndrome'.

LA CONFERENCIA DE TUNJA DE 1996

En esta conferencia encontramos una visión muy renovada y en ciertos puntos diferente a lo que Bejarano sostenía una década antes. Ahora, las principales tesis de Bejarano son:

1. Existe una crisis de la ciencia económica, que se resume en “el fracaso del programa walrasiano, la superación de la macroeconomía IS-LM y la falta de confianza en la política macroeconómica”. El fracaso del walrasianismo—ahora convertido en el enemigo número uno— se evidencia en la falta de realismo, manifiesto en su preocupación exclusiva por los ejercicios formales, de índole meramente matemático, carentes de significado económico: “el programa walrasiano se resuelve en una economía formal y matematizada, desde el punto de vista del método, y en una economía apolítica, ainstitucional y amoral, desde el punto de vista del contenido sustantivo”.

Por su parte, la crisis de la macroeconomía se advierte en el fracaso para establecer puentes entre lo micro y lo macro, en la crítica a la curva de Phillips y en la obsoleta idea de una macroeconomía de equilibrio. “Es necesario señalar que cuando los economistas hablan de un mundo walrasiano están hablando de un sistema coordinado, mientras que en el caso de la macroeconomía la referencia es a un sistema descoordinado, o si ustedes quieren, se identifican como sistemas en desequilibrio”.

2. Bejarano percibe una transformación radical de la ciencia económica hacia enfoques y temas que considera positivos, con lo que se constituiría “una ruptura radical con el paradigma neoclásico”. Esta ruptura se manifiesta en los siguientes desarrollos. a) el imperialismo del enfoque económico, pues ahora la economía aborda nuevos territorios, antes vedados al economista: la familia, el derecho, la política, el crimen y la organización jurídica; b) el enfoque de la *public choice* y la economía institucional: “La *public choice* o la economía institucional son intentos de responder a la crisis, de reconstruir la teoría”; c) la reconstrucción macroeconómica, por la vía de las nuevas tendencias, que se resumen “en tres vertientes bien conocidas: las versiones de la macroeconomía del desequilibrio, la reconstrucción neoclásica y una nueva versión que tiene en cuenta la reconstrucción neokeynesiana”; d) el avance en el tratamiento de las fallas del mercado y las del Estado.

Todos estos nuevos enfoques y temas tendrían la virtud esencial de reconstruir los fundamentos de la economía, lejos del formalismo y del programa walrasiano, de manera que ahora sí pareciese posible una teoría económica al servicio del conocimiento y de la discusión de los problemas de la realidad. Y tendrían también la virtud de desarrollar el proyecto de integrar la economía con las ciencias sociales, de manera que se abra un espacio a la política y a la moral, para poder plantear democráticamente las soluciones que conduzcan al bienestar de los ciudadanos y de las naciones, por encima de los intereses particulares.

COMENTARIOS A LOS PUNTOS DE VISTA DE BEJARANO

Las tesis de los ochenta

Situados en la vida académica colombiana de comienzos los años ochenta, la descripción de Bejarano acerca del estado de la teoría económica fue sobresaliente y lúcida. Con ella revela un alto grado de asimilación de lo que se decía en el ámbito internacional, principalmente en el mundo anglosajón, y su intensa capacidad de lectura y de apreciación sobre lo que el mundo académico discutía sobre el nivel y los límites de la teoría económica. Indudablemente, su mejor conocimiento se centraba en las explicaciones de las formas de competencia entre firmas, que debían contribuir a proporcionar los instrumentos que permitieran entender el comportamiento de esas firmas, los efectos de los monopolios en la formación de precios y en la consecuente distribución de los ingresos y la marcha del ciclo económico. Sin duda, su pasión por dar cuenta del mundo real lo llevó a pensar que la teoría microeconómica tradicional era muy inadecuada para describir ese mundo y que era necesario enriquecer el análisis con aportes más pragmáticos y más eclécticos. Analicemos sus posiciones con más detalle.

La firma y la estructura de los mercados

El texto *Teoría de las estructuras de mercado* es un conjunto de apuntes eruditos que no logró organizar en forma sistemática: no pretendía ser un manual. Es difícil de leer, aunque tiene un encanto especial. El objetivo de Bejarano en ese documento fue, simplemente, mostrar que los economistas, si deseaban hacer análisis de las firmas y de los mercados actuales, no podían quedarse en la teoría microeconómica de competencia perfecta o imperfecta y que tenían que complementar su análisis con enfoques múltiples y más realistas, con la convicción de que eso representaba pérdidas en la generalidad y en la posibilidad de integrar coherentemente las múltiples variables que se tratarían en los casos concretos.

En muchas partes, el texto es poco claro; otras veces es pesado y el registro que hace de múltiples posturas de diverso origen lo hace engorroso. Además, muchas confusiones se derivan del hecho de que un análisis que se sitúa en el terreno del equilibrio parcial y de la firma se mezcla a veces con posiciones de equilibrio general, como las de Marx, Hicks o Sraffa. De todas formas, este escrito impresiona por la cantidad de lecturas de tan variados horizontes reunidas, lo que contrasta con el afán actual de presentar la economía industrial como el desarrollo de una sola forma de pensar. Es patente que hoy nadie hace 'economía industrial' juntando a pensadores tan heterogéneos como Chamberlain, Marx y Sraffa.

Ahora bien, si Bejarano se propuso mostrar la crisis de la microeconomía neoclásica, su idea no se ha confirmado. El desarrollo de la microeconomía

siguió después de los años ochenta una dirección que más tarde le sorprendió a él mismo e incluso le generó admiración. Ekelund y Hébert [1991] describen esta evolución como “un festín succulento y variado”. Esta micro se convirtió en instrumento para el análisis de los comportamientos en múltiples situaciones. Becker hizo aparecer los asuntos propios de la familia y del crimen como mercados; otros tomaron la bandera y analizaron la disputa política como transacción económica entre electores y partidos; Stigler abrió la puerta a la economía de la información, que dio lugar a los modelos de ‘búsqueda’, a los modelos con información asimétrica y a la teoría de los contratos; Coase propuso una teoría de la firma como solución a una presunta deficiencia de la coordinación mercantil para resolver un cierto tipo de problemas de organización y así abrió el escenario de los arreglos que disminuyen los costos de transacción que desembocarán en el institucionalismo neoclásico y el análisis económico —también neoclásico— de las configuraciones políticas de Buchanan y Tullock.

Es decir, los instrumentos que Bejarano veía tan limitados en el tratamiento de la firma y de la competencia industrial, en vez de entrar en crisis, se desarrollaron aún más, al aplicarse en muchos campos. La ‘vieja microeconomía’ del equilibrio parcial en competencia perfecta se enriqueció paulatinamente con una ‘nueva microeconomía’ que trata mercados imperfectos con agentes capaces de realizar cálculos de estrategias y en la que la teoría de juegos tiene un campo de aplicación privilegiado. Así, de una teoría de precios competitivos, se pasó a una teoría de contratos y de costos de transacción, sin que este paso significara renunciar a las bases analíticas (especialmente al individuo maximizador) y a la búsqueda de una demostración de la existencia de un equilibrio.⁴

En todos estos casos se puso de presente que la teoría neoclásica, antes que ser una teoría de lo real, es una caja de herramientas básicas o una gramática general que permite analizar situaciones aparentemente más reales.⁵

De otra parte, quizás Bejarano —o la literatura que leyó y registró— no se percató de que en el modelo central de los neoclásicos no existen las firmas como tales. En su lugar, sólo existe una función de producción que le da al agente maximizador el mapa de posibilidades de combinación de factores. Es a partir de que se descubre esta ausencia que en los años sesenta crece la inquietud por darle un significado propio a la empresa como institución, sin caer en su simple asimilación al individuo maximizador. En ese momento se difunde

4 Para una presentación erudita y fácil del tema, ver Cahuc [1998].

5 La capacidad de elaborar modelos referidos al modelo central de competencia perfecta es una prueba de la fuerza teórica de los neoclásicos. Es lo que Benetti [1997] llama ‘método normativo’ de ampliación de la teoría neoclásica. Más adelante veremos que Bejarano admiró estos desarrollos.

la idea de Coase sobre el surgimiento de la tesis de la empresa como alternativa al mercado y como institución específica y se avanza en la nueva idea de que la empresa es una estructura de contratos, de acuerdo con las relaciones entre principal y agente. Estas investigaciones derivarán en la nueva teoría neoclásica de la organización industrial, en la que, como indica Coase [1998, 73], sus propios voceros, Tirole y Holmstrom, aceptan que “la relación entre teoría y evidencia [...] es actualmente muy baja en este campo”. A pesar de los avances, esto confirma las dificultades que Bejarano diagnosticaba en la teoría neoclásica de la firma.

Ahora bien, la proposición según la cual la teoría de Sraffa es la alternativa teórica puede explicarse a través de dos criterios:

1. Por la esperanza compartida por muchos académicos, principalmente ingleses e italianos, que consideraban que *Producción de mercancías por medio de mercancías* abría una alternativa al enfoque neoclásico de los precios y a la solución de las dificultades de la teoría marxista del valor.

Hoy sabemos mejor que ayer que esa esperanza fue vana. Es cada vez más visible que la perspectiva sraffiana se estancó al no poder resolver sus problemas internos. Los modelos de producción conjunta no confirman todos los resultados de la producción simple; el sistema de precios de producción no parece permitir el silencio sobre una teoría de la demanda; tampoco se han subsanado las carencias en la explicación del mercado, del dinero, de la finanza y, lo que era más importante para los intereses de Bejarano, no se llegó a proponer una nueva microeconomía o teoría de las formas de mercado.

Por el contrario, es su maliciosa predicción la que parece haberse cumplido. Hahn [1982] quiso mostrar que las proposiciones fundamentales de los modelos neoricardianos se podían generar en un modelo Arrow–Debreu y que, en consecuencia, el modelo de Sraffa era un caso particular de los modelos neowalrasianos que suponen rendimientos constantes, para así neutralizar los efectos de las funciones de preferencia de los agentes. Por fuera de la propia pertinencia de estas posiciones, es forzoso constatar que, en lugar de una evolución exitosa del modelo de Sraffa, hemos presenciado su paulatino estancamiento. Inclusive, muchos lo ignoran y otros piensan que cada día se parece más a su presunto enemigo analítico, por lo menos en la versión más general, propuesta por los walrasianos [Bidard 1998].

2. Es evidente que Bejarano nunca mostró las pretendidas ventajas del análisis sraffiano y ellas aparecen como meras citas de algunas lecturas. En todo caso, cualesquiera que hayan sido, se detecta una incoherencia con su forma de pensar. En efecto, para descartar el modelo Arrow–Debreu, se dice que el modelo habla de lo posible y no de lo real. Sabemos ahora que los maestros del neo–walrasianismo pretenden resolver “una pregunta abstracta [la mano invisible] con una respuesta abstracta” Hahn [1983] y que discutir su resultado en términos de su lejanía con la realidad no tiene mucha pertinencia, como veremos más adelante.

Pero si la falta de realismo es la base de la crítica, ésta también es válida contra Sraffa. El modelo de precios de equilibrio con igualdad de tasas de ganancia carece del mismo realismo que la solución ofrecida por Arrow y Debreu y solo pretende mostrar que es posible pensar un modelo de precios a partir de las condiciones de la producción. Aún más, si las grandes preocupaciones de Bejarano eran en esta época la firma y los mercados que enfrenta, estos mercados están tan ausentes en una como en la otra teoría.⁶

Es notable, también, que el neoricardianismo no ha pretendido construir una microeconomía ni ha propuesto modelos con competencia imperfecta de la misma pretensión o calidad que los de Robinson y de Chamberlain. Por tanto, si se descartaron los neoclásicos por falta de realismo y por no entregar instrumentos para entender los mercados y firmas del capitalismo del siglo veinte, también se deberían invalidar, por las mismas razones, el enfoque formalista de Sraffa y el de los neoricardianos.

La macroeconomía

Sin duda, proclamar las llamadas teorías del desequilibrio como alternativas a la síntesis neoclásica es una manifestación de disidencia teórica. No obstante, las consideraciones que se divulgaron en estos años acerca de que la nueva “macroeconomía del desequilibrio” recuperaba fielmente el mensaje de Keynes no se cumplieron. Rápidamente se descubrió que esta macroeconomía de equilibrios no walrasianos era, al igual que la síntesis neoclásica, otro caso particular de la macro neoclásica, pues la posición de Keynes dependía de la rigidez de precios tanto en el mercado de los bienes como en el mercado de trabajo. Es decir, cuando se suponía que estos mercados eran flexibles se llegaba a los mismos resultados antikeynesianos que el maestro de Cambridge quería atacar. Screpanti y Zamagni resumen bien lo curioso de la situación y el nuevo desencanto que finalmente se implantó:

La diferencia entre el punto de partida —la síntesis neoclásica— y el punto de llegada —los modelos de equilibrio con racionamiento— es que allí se interpretaba a Keynes como un caso de equilibrio temporal walrasiano, mientras que aquí se le interpreta como un caso de equilibrio temporal no walrasiano. Una diferencia menos importante de lo que podría parecer a primera vista. Por otra parte, en ambos casos se obtiene un resultado devastador para la teoría general de Keynes: éste simplemente no existe como tal [Screpanti y Zamagni 1997, 337].

Ante esta situación, el fundamento racional del modelo keynesiano para las personas de espíritu heterodoxo volvió a oscurecerse, mientras que en los años

6 En Sraffa, la unidad básica es la rama industrial y nunca se refiere al mercado; en Arrow-Debreu, la firma es una función de producción, una caja negra, y el subastador sustituye al mercado.

ochenta la nueva macroeconomía se desarrolla siguiendo dos tendencias, ambas con espíritu antikeynesiano, es decir, aceptando que las bases de la construcción son los fundamentos microeconómicos dados por el modelo walrasiano. Los neokeynesianos se propusieron explicar microeconómicamente las rigideces nominales y reales de los precios y determinar los equilibrios correspondientes; la nueva macroeconomía clásica pretenderá que no existe un fundamento racional para una posición keynesiana, gracias a la hipótesis de expectativas racionales que permiten equilibrios instantáneos y termina por considerar que la idea de desequilibrio no tiene sentido analítico. En estos términos, la herejía keynesiana parece a algunos más un proyecto incierto e inacabado [Cartelier 1995, Deleplace 1999] y depende de que sus fundamentos críticos se reconstruyan sobre la base de los aportes de la tendencia postkeynesiana [Davison, Minsky, Arestis, Lavoie, etcétera] y de otras corrientes heterodoxas [Deleplace y Nell, 1996].

La especificidad metodológica

El texto metodológico de Bejarano tiene el mérito de alertar acerca de que no debe esperarse que la economía sea como la física y, en consecuencia, que los economistas no pueden pretender más de lo que hacen o pueden hacer [1984, 45]. La conclusión obligada es hacer evidente que la economía es una ciencia que merece una epistemología propia, distante de una epistemología pensada sobre la forma de construcción y de desarrollo de las ciencias naturales.

Indudablemente, este es una de las reflexiones más interesantes de Bejarano y compartimos su idea de que existe una especificidad del saber en economía, frente al método de las ciencias naturales. Sin embargo, es cierto solo parcialmente que en los primeros semestres de Universidad se enseñe únicamente teoría, como si ocurrieran en abstracto, en un mundo vacío de realidades. Por lo menos, eso no ha sucedido en la Universidad Nacional e incluso quizá los estudiantes sufran un síndrome inverso: ¿existe alguna teoría para tantos hechos?

En segundo lugar, es extraño el argumento de que la realidad económica es diferente a la natural porque ella es difícil de cuantificar. En realidad, los fenómenos económicos son en esencia también numéricos y, por ende, son matematizados y matematizables. Pero los números en economía no son naturales sino sociales, es decir, corresponden a un tipo de funcionamiento de las relaciones entre sujetos, que se manifiesta en cantidades monetarias. Si no fuesen así, resultaría muy difícil distinguir las relaciones económicas de las otras relaciones sociales. Por ejemplo, cualesquiera que hayan sido las diversas explicaciones del valor de los bienes, todos los grandes autores coinciden en que éste es el fundamento de la ley de los precios y que corresponde a una relación numérica. Un sistema de precios —reales o monetarios— es un arreglo coherente de relaciones cuantitativas en Ricardo, Marx, Walras, Sraffa y Arrow-Debreu [Benetti y Cartelier 1995].

Por esta razón, debemos aceptar que las matemáticas son un instrumento necesario e ineludible de la economía, siempre y cuando nos cuidemos de no confundir los problemas matemáticos con los problemas económicos, tal como Bejarano tuvo la sabiduría de solicitar siempre a los economistas.

En tercer lugar, debe ponerse de relieve algo que ya Marx había entendido con claridad: "Cuando analizamos las formas económicas, no podemos servirnos del microscopio ni de reactores químicos. La facultad de abstraer debe hacer las veces del uno y de los otros" [Marx 1975, 6]. Es decir, por la dificultad intrínseca de ser una ciencia experimental, la economía desarrolla necesariamente una teoría abstracta sin paralelo en ninguna otra ciencia natural ni social. De ahí que el síndrome que diagnostica Bejarano debe interpretarse como algo que no se genera solo en la mitad de la carrera de estudios, sino que representa una amenaza permanente para quienes se adentran en esta ciencia tan discutida. El único reproche que podríamos hacerle hoy a Bejarano es que no debió usar la constatación de su posibilidad como prueba adicional para impulsar una injustificada desconfianza hacia los modelos abstractos de los economistas.

La Conferencia de Tunja

Las tesis expuestas en Tunja reiteran la actitud inconforme de Bejarano con el núcleo de la teoría económica y su capacidad de captar los nuevos dominios del análisis económico. Debe notarse que, en contraste con las posiciones anteriores, las preocupaciones y alternativas planteadas en este momento son diferentes. Aquí se vuelve a insistir en un argumento clave del pensamiento de Bejarano: la economía debe tratar la realidad socioeconómica y no problemas lógicos. Sobre la base de este planteamiento, la crítica al proyecto y al método de Walras —el villano ya no es Marshall— vuelve a parecer algo fácil:

el programa walrasiano y su correlato, el proceso de formalización y fisicalización, nos llevó a la presunción de que resolviendo problemas matemáticos estábamos resolviendo problemas económicos, por lo que terminamos en una gran equivocación. Lo que han venido haciendo los economistas matemáticos en los últimos cuarenta años no son soluciones a problemas económicos sino a problemas matemáticos, es decir, a problemas provistos por la lógica de la estructura matemática y no a problemas de la economía.

Este punto es delicado y merece una discusión amplia. Compartimos la tesis principal de que el modelo walrasiano posee graves problemas que lo hacen estéril para el conocimiento [Cataño 1997], pero creemos que la forma de la crítica es equivocada. Hoy pensamos que el debate con los neoclásicos debe plantarse mejor, pues una crítica sobre el realismo puede ayudar a desconfiar de una teoría, pero no la elimina, ni menos la sustituye. En realidad, mientras no se proponga una alternativa teórica a los problemas generales y abstractos planteados al análisis, lo más probable es que la crítica por la carencia de realismo genere uno de dos efectos posibles: primero, el antiteoricismo ingenuo de quienes piensan que no se necesita teoría general para hablar de la realidad y

que nos podemos limitar a la descripción de casos sin teoría. Es evidente que Bejarano no compartía esta actitud.

Segundo, contribuir al perfeccionamiento y avance de la teoría dominante construyendo modelos especiales que incorporen los elementos ausentes en el modelo original. Veamos algunos ejemplos de la historia de la teoría. Sraffa —que en la conferencia de Tunja ya no aparece como alternativa— nos dio un gran ejemplo en el sentido de que la crítica lógica es prioritaria sobre la crítica realista. Antes de proponer su modelo general y abstracto, prefirió mostrar las fallas lógicas en las pretensiones de las teorías marshallianas. Keynes también pensó que era necesario una nueva teoría general del producto global, que sustituyera el modelo de Ley de Say y de mercado de trabajo de la macroeconomía de Pigou, ya que el problema no era que los economistas negaran la realidad, sino que la entendían mal, por tener precisamente una mala teoría abstracta. Así mismo, Marx no dudó en oponer una crítica abstracta a las deficiencias de la teoría del valor trabajo de Ricardo y por eso planteó la transformación de valores a precios, problema eminentemente formal.

Al denunciar el excesivo formalismo de los economistas matemáticos —que en muchas ocasiones, es cierto, hacen matemática y no economía—, no se pueden perder de vista las bondades del formalismo en el walrasianismo y de toda teoría debidamente formalizada. Además, afirmar que la economía debe tratar de la realidad y no de mundos ficticios es promover la idea falsa de que podemos distinguir la realidad por fuera del enfoque que utilizemos para acercarnos a ella.

En verdad, la teoría general en economía se construye a partir de problemas intelectuales, planteados para resolver problemas de la organización social. La teoría económica se estructura en el siglo dieciocho como un modo de participar en una discusión abstracta: ¿es viable un orden social que funciona respetando el egoísmo de los individuos? Esta es la polémica que Adam Smith levanta contra el mercantilismo. A esta pregunta abstracta se sigue una respuesta igualmente abstracta, cuya construcción se convierte en el objetivo principal de la ciencia económica. Como sabemos, la teoría walrasiana fue una respuesta a esta pregunta, que intentó responder mediante un modelo que determina los precios y las cantidades de equilibrio, partiendo de algunas hipótesis sobre los agentes y los bienes.

Por lo tanto, es necesario insistir en que la teoría walrasiana no pretende, en primera instancia, describir cómo se hace la coordinación de los individuos en la realidad histórica. Busca más bien determinar, por medio de la lógica, los requerimientos mínimos, una abstracción, para que la coherencia sea posible. La esperanza consiste en que, al tener esta primera teoría, se dan los instrumentos para estudiar y entender la coordinación en el mundo real.

De esta manera se quiere dar respuesta a preguntas de gran contenido político, que le interesaban mucho a Bejarano y que se pueden formular también así:

¿cuándo se requiere incorporar la política y las instituciones en el mundo mercantil? O también, ¿es posible una coherencia entre individuos, sin incorporar el dinero o la moral, de tal manera que estos elementos se consideren no esenciales al mercado y a la economía en su conjunto? Smith planteó la idea de que un mercado perfecto podía eludir al soberano, a la moral y al dinero y que era capaz de crear una asignación de bienes que fuese la mejor posible. Indudablemente, Smith no demostró si esto era o no posible y en qué condiciones y delegó la demostración a los científicos posteriores. También Keynes planteó que no todo equilibrio general del sistema capitalista era un equilibrio de pleno empleo, ni de que las fuerzas económicas, existiendo flexibilidad de precios, pudieran normalmente conducir a ese estado.

Ahora bien, pretender que los economistas no deben resolver estas preguntas porque caen por ello en el formalismo y en la esterilidad es una invitación a la ligereza teórica, opuesta a lo que el mismo Bejarano quería. Si miramos bien los resultados de los modelos lógicos de los neoclásicos y de la aplicación de las matemáticas a la economía, no podemos sino agradecer lo que nos han enseñado. Es sabido que en el modelo de Arrow y Debreu no se ha podido demostrar la estabilidad, es decir, en esa abstracción, el mercado no es capaz de ajustar el desequilibrio al equilibrio. Sabemos que no se ha podido integrar el dinero a la teoría, de modo que un neoclásico no entiende por qué en la realidad se usa el dinero; tampoco ha sido posible mostrar la acción de la ley de la oferta y demanda. Sabemos, también por lógica, que no se puede explicar la distribución del producto por medio de una función agregada de producción. Sabemos por lógica los límites de la teoría del valor de Ricardo y las virtudes y defectos del modelo de Sraffa. Sabemos las dificultades para incorporar la dinámica y el crecimiento económico. En resumen, si el discurso económico no se hubiera matematizado, ignoraríamos que la intuición smithiana de la mano invisible, sobre la que el liberalismo económico quiere apoyarse, no tiene sustentación en el modelo de los neowalrasianos, y desconoceríamos los límites de otras teorías. Esto es, estaríamos en una situación mediocre de la teoría, donde las eventuales virtudes o defectos del mercado serían materia de creencia de cada autor y los neoliberales o populistas podrían seguir con su religión a favor o en contra del mercado, respectivamente, sin ningún control académico o científico.

El hecho de ignorar estas virtudes del formalismo puede explicar que Bejarano (y los institucionalistas neoclásicos, de quienes toma la idea) piensen que

cuando se habla del mercado como mecanismo de asignación de recursos es suficiente, como microfundamento, una teoría de la elección que [...] se resume en cuatro palabras: escasez, maximización, eficiencia, asignación y una teoría de la racionalidad, es decir, de elecciones basadas en una estructura de preferencias y, en definitiva, de agentes 'construidos' como tipos ideales que intentan optimizar (consumidores, empresas típicas); lo que es más o menos la microeconomía estándar que se enseña normalmente. En cambio, si el mercado se concibe como una institución de intercambio, lo que importa son las características y condiciones concretas del intercambio (las transferencias de derechos de propiedad de los bienes, los contratos, las organizaciones empresariales, etc.).

Esta visión, para la que el sistema de precios de la microeconomía neoclásica es un sistema de asignación sin intercambio, es decir, sin incorporación de un verdadero mercado entre los agentes, contiene un error de apreciación. Si pensamos en la formulación más avanzada, el modelo Arrow–Debreu (otra cosa son los manuales de microeconomía, y Bejarano siempre enseñó que no podemos basarnos en ellos), el sistema de asignación implica que los bienes se compran y se venden a los precios de equilibrio y que el bienestar paretiano se hace efectivo; es decir, se supone que existen un mercado, un mecanismo y una red de transacciones. Que la explicación de cómo se hagan esas transacciones ha sido una enorme preocupación para los walrasianos es algo que no se puede negar, porque Walras, Hicks, Patinkin, hasta Hahn y Wallace han investigado precisamente cómo podría incorporarse el dinero en el análisis económico, o lo mismo, han propuesto los avances de la teoría neoclásica del intercambio entre los individuos.

El hecho de que la teoría neoclásica del intercambio entre los individuos no haya dado los frutos deseados hace que el mecanismo de transacciones sea todavía *la caja de compensación de cuentas* propuesta por Debreu, una institución implícita y centralizadora, que no se puede derivar de la racionalidad de los agentes e incoherente con la idea de individuos mercaderes. Es esto lo que permite afirmar que la teoría neoclásica de la asignación por el sistema de precios adolece de una dificultad grave, que debe tomarse en cuenta. Además, es necesario dejar de pensar que la teoría de la asignación es correcta como tal (que su defecto es ser muy abstracta) y que lo que falta es hablar de contratos, derechos de propiedad y de reglas institucionales que rodean las transacciones económicas ‘de la realidad’. Un síntoma parece confirmar este error de apreciación: los institucionalistas neoclásicos (Coase, North, Williamsom y otros) nunca han llamado la atención sobre el estado lamentable de la teoría monetaria neoclásica, ni tampoco han reivindicado que la primera institución del mercado es el sistema monetario. En consecuencia, tampoco han propuesto que el tema del dinero sea central en sus investigaciones. En verdad, lo que nos falta no es agregarle instituciones a una buena teoría neoclásica de la asignación para que esta sea más realista. Falta es una buena teoría institucional de la asignación y del mercado, que reemplace la mala teoría neoclásica.

Por todas estas razones, debemos reiterar que el modelo walrasiano no es malo porque sea formal o matematizado, pues, precisamente, gracias a su formalización, descubrimos su debilidad. Por eso insistimos en que lo correcto es discutir el modelo Arrow–Debreu —base de la actual teoría neoclásica— en su calidad de respuesta abstracta a la pregunta de Smith.⁷ Como afirman Benetti

7 Así como Ricardo discutió a Smith, Marx a Ricardo, Sraffa a Marshall, Walras a Marshall y a Ricardo y Hicks a Keynes.

y Cartelier [1995], la teoría neoclásica central no es mala porque sea abstracta, sino porque simplemente es una mala abstracción de un sistema de mercados completos y competitivos.

Elogio a la nueva microeconomía

Bejarano pensaba que el walrasianismo “estaba haciendo agua” y apreciaba que la nueva microeconomía de las fallas del mercado significaba la ruptura con el walrasianismo.⁸ Parecería que Buchanan y Coase le indicaban esta apreciación, si nos atenemos a los nombres que él mismo citaba en su conferencia. Tampoco esta visión es correcta y, además, como lo veremos más adelante, no la encontramos en todos los trabajos de Coase.

No parece correcta porque los avances de la microeconomía, que tanto elogiaba Bejarano, solo pueden existir si se aceptan las conclusiones de los walrasianos. Basta verlo con dos ejemplos. Primero, calificar de muy positivo el hecho de que la teoría haya desarrollado el concepto de ‘fallas del mercado y de las externalidades’, es aceptar la existencia de algo que se puede llamar el concepto del ‘éxito del mercado’. ¿Y dónde buscan los economistas la teoría de un mercado sin fallas? Obviamente, en los textos de teoría neoclásica que explican que un ambiente Arrow y Debreu es un óptimo de Pareto. ¿Cómo saben los economistas, entre ellos Coase, que las externalidades determinan situaciones subóptimas? Cuando aceptan que los bienes determinarían situaciones óptimas si fuesen privados y sin externalidades y la teoría respectiva la brindan los modelos lógicos del programa walrasiano.⁹

- 8 Jaime Lozano tuvo la amabilidad de comentarme que el descontento de Bejarano con la teoría neoclásica del mercado era también alimentado por la crítica de Hayek a esa teoría y que la alternativa estaría en ver un mercado como mecanismo de generación de un orden espontáneo, es decir, no planeado. El problema es que hoy carecemos de un modelo que nos presente las condiciones y la lógica de esta interesante visión.
- 9 Bertrand plantea bien el problema de la ambigüedad de Coase: “Para algunos, Ronald Coase tiene el gran mérito de llamar la atención sobre la existencia de organizaciones, como la empresa, que la teoría económica dominante (u ‘ortodoxa’) trataba como ‘cajas negras’ [...] A menos que se considere que los teóricos de esta corriente son ciegos, o que viven completamente separados del mundo, es claro que sólo podrían haber hecho las mismas observaciones de Coase. Pero quizás pensaron que su dispositivo conceptual no les permitía tratar estos problemas, al menos sin romper completamente con su teoría. De ahí la atención particular que conceden al problema de los precios que les parece estar más al alcance de esta teoría. ¿Entonces, qué hace Coase? No rompe para nada con esta teoría, de la que toma la versión más simplista, por no decir caricaturesca, y deduce algunas proposiciones generales, sin preocuparse por las sutilezas de la teoría y de los debates a los que los había dado lugar. Todo en nombre del ‘realismo’ Así, se le reconoce a Coase haber introducido las ‘instituciones’ en el análisis, y sin embargo, su reflexión sobre una institución tan esencial en economía como el mercado es muy limitada: si los

En resumen, en estricto sentido, estamos frente a dos alternativas. Si son tan aceptables y admirables los desarrollos de la nueva microeconomía, debe decirse que es admirable la plataforma científica que les da finalmente la justificación: el programa walrasiano. Si este programa nos parece inaceptable, también lo deben ser los numerosos modelos que lo tienen como referencia, entre ellos principalmente los Teoremas de Coase, buena parte del institucionalismo neoclásico y la actual teoría de las 'fallas de mercado'.

El institucionalismo como alternativa teórica

Merecen un comentario especial los elogios del institucionalismo y su presunta importancia como ruptura con los neoclásicos. En especial, inquieta la proposición acerca de que el nuevo institucionalismo va revolucionar la forma básica de pensar de los economistas. A pesar de ciertas ambigüedades, ni Coase ni North lo creen así. El mismo Coase [1998, 73] afirma que el sistema de precios de la microeconomía es un "logro impresionante: la economía de la corriente principal es verdaderamente sólida en la teoría pero muy débil en los hechos". Afirma también que para avanzar hacia el realismo no se debe renunciar a la microeconomía. Por el contrario, dice, "debemos usar estas herramientas analíticas en estudiar el sistema económico [...] y este cambio no ocurrirá, en mi opinión, como resultado de un ataque frontal sobre la corriente principal" [1998, 73].

North tampoco rechaza a Walras y lo único que ha dicho es que no es adecuado para el estudio de los problemas que desea tratar. North [1993, 23] afirma: "La teoría neoclásica ha sido una aportación importante al conocimiento y opera muy bien en el análisis de los mercados de los países desarrollados". Y para justificar el estudio de las instituciones anuncia que, siguiendo precisamente a Coase, estas "solo deben ser oídas cuando resulta costoso negociar" [1993, 24], es decir, solo en un ambiente imperfecto, con respecto al ambiente walrasiano, en el que por definición no existen costos de transacción. Como se ve, ambos autores toman sus investigaciones como una prolongación de la teoría neoclásica y no como su negación o sustitución.

Otro vistazo a la macroeconomía

En la Conferencia de Tunja, Bejarano ignora la fuerza de la ortodoxia en el campo de la macroeconomía. Ahora, además de incluir el enfoque de

derechos y las mercancías se reconocen sin ambigüedad en un marco legal apropiado, sólo habría que dejar que las partes negociaran para llegar a un resultado eficaz. Aquí, el mercado —incluso en el caso ideal, sin costos de transacción— es ahora una 'caja negra.' Y Coase no nos ayuda a descifrarla" [Bertrand 1999].

Leijonhufvud —la teoría de los equilibrios no walrasianos— considera que las teorías de Lucas y de los nuevos keynesianos la han hecho avanzar. Como ya vimos, estas posiciones se alejan aún más de Keynes e intentan completar el programa de fundamentación microeconómica (individualista) de la macroeconomía (un programa que viene desde Keynes, Hicks, Hayek y Patinkin) y aceptan que si hubiera flexibilidad y mercados completos, la representación del mundo sería la de Arrow y Debreu. No es muy difícil percibir, entonces, que lo que está en peligro es la autonomía de la macroeconomía y que la divergencia entre los macroeconomistas se reduce a la capacidad de plantear la importancia de las rigideces reales o nominales del mundo real para dar cuenta de las políticas o de los efectos macroeconómicos [Deleplace 1999]. Por último, afirmar que la macroeconomía actual es la representación de un ambiente ‘descoordinado’ es un despropósito, porque todos los modelos macroeconómicos actuales, como también aquellos que mal se denominaron en la literatura ‘de desequilibrio’, representan situaciones de equilibrio.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Las posiciones de Jesús A. Bejarano ante la teoría económica son una prueba de su visión crítica sobre las formas de pensamiento, de su amplio conocimiento de las discusiones internacionales y de su afán de poseer los buenos instrumentos para dar cuenta del mundo contemporáneo. Los textos que hemos reseñado revelan apreciaciones acertadas sobre algunos límites y ventajas de las teorías económicas, y, sobre todo, la necesidad de una epistemología propia para el análisis económico. También, se pone al día un admirable espíritu inconforme frente a una cierta ortodoxia de manual, que llevó a Bejarano a valorar algunos enfoques de actitud herética —como los de Keynes, Sraffa o la economía industrial— y la microeconomía de las instituciones y de la fallas del mercado. Sin duda, sorprende que la teoría crítica que nunca le atrajo fuera el marxismo, quizás por la asociación de esta doctrina con una posición política antiliberal —que Bejarano siempre rechazó— y por la incapacidad del marxismo para construir un modelo formal riguroso de los precios y del capitalismo. Sabemos que estas posiciones lo condujeron a ásperos debates ideológicos con algunos colegas de la Universidad Nacional, debates en los que Bejarano fue más pluralista y, en retrospectiva, más democrático y más desconfiado de las presuntas verdades científicas de la economía estándar, cualquiera que fuesen las fuentes.

Sin embargo, ni su diagnóstico sobre algunos defectos de la ortodoxia, ni la pretendida capacidad de ruptura de los enfoques alternativos con los que simpatizó son acertados. Las críticas al formalismo exagerado terminan por desconocer las virtudes de un buen formalismo y las verdaderas debilidades de la teoría neoclásica. Las iniciales esperanzas en torno a Sraffa y a las nuevas macroeconomías no se cumplieron, porque las bases heterodoxas de estas po-

siciones se revelaron inciertas. Además, algunas de sus apreciaciones no están libres de paradojas. Si en un primer momento la microeconomía marshalliana era la 'mala' teoría general, porque era muy abstracta, esto no le impidió afirmar al mismo tiempo que la de Sraffa fuera la 'buena'. Si se denuncia duramente el modelo walrasiano, la denuncia corre paralela con el aplauso al *public choice*, al institucionalismo, al enfoque de las *fallas del mercado* y a la teoría de las decisiones públicas, es decir, a la *nueva microeconomía*, que se construye precisamente a partir de la plataforma walrasiana, aunque sea con modificación de algunas hipótesis. Para defender su valiosa idea de la incorporación de la discusión política y ética (por encima de los intereses individuales) en las decisiones económicas y sociales se apoya en teorías que precisamente solo aceptan al Estado en situaciones anómalas o que buscan eliminar la política a favor de un individualismo extremo (Buchanan, Coase, Lucas, Hayek).

En síntesis, en lo que se refiere a su manera de percibir y asumir la teoría económica, Bejarano fue un espíritu heterodoxo que padeció la ausencia de una verdadera teoría heterodoxa. Esto explica que se afectase con el espejismo generado por el método *normativo de construcción de la ciencia económica moderna* [Benetti 1997], que al permitir la construcción de múltiples modelos en referencia, explícita o implícita, al modelo Arrow-Debreu, produce en muchas personas el sentimiento de estar en ruptura con los fundamentos centrales del enfoque ortodoxo de la economía.

De todos modos, por fuera de lo acertadas, confusas y contradictorias que puedan parecernos algunas apreciaciones de Bejarano sobre el contenido y los alcances de la teoría económica contemporánea, reiteramos nuestra admiración por su erudición, su distancia de cualquier ortodoxia, real o imaginada, y su pretensión constante de hacer avanzar el conocimiento de las realidades a las que se enfrentaba, con el fin de plantear su transformación. Son estas cualidades las que deben ponerse en primer plano, porque de ellas que se beneficiaron alumnos, colegas y amigos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrow, Kenneth y Hanh, Frank. 1977. *Análisis general competitivo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bejarano, Jesús A. 1982. "Cinco puntos críticos en la teoría neoclásica de los precios, Nuevos desarrollos de la economía", *Revista Universidad EAFIT* 45-46, 64-76, enero-junio, Medellín.
- Bejarano, Jesús A. 1984. "Los límites del conocimiento económico y sus implicaciones pedagógicas", *Cuadernos de Economía* 6, primer semestre, 35-59, Universidad Nacional, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1986. *Teoría de las estructuras de mercado. Guías de clase*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A., v. m. "Los nuevos dominios de la ciencia económica", versión magnetofónica.
- Bell, Daniel y Kristol, Irving. 1983. *La Crisis en la teoría económica*, Ediciones El Cronista Comercial, Buenos Aires.

- Benetti, Carlo y Cartelier, Jean. 1995. "La économie comme science: la permanence d'une conviction mal partagée", D'Autume y Cartelier [1995]. Publicado en español en *Lecturas de Economía* 48, enero-junio de 1998, 7-32, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Benetti, Carlo, 1997, "El método normativo de la teoría económica positiva", *Cuadernos de Economía* 26, primer semestre, 7-20, Universidad Nacional, Bogotá.
- Bertrand, Elodie. 1999. "Le paradoxe Ronald Coase", mimeo, Universidad de París I.
- Bidard, Cristian. 1998. "L'évolution méthodologique de la théorie post-raffienne", *Revue d'économie politique* 6, noviembre-diciembre, 777-798, París.
- Blaug, Mark. 1985. *La metodología de la economía*, Alianza Editorial, Madrid.
- Cahuc, Pierre. 1998. *La nouvelle microéconomie*, tercera edición, La Découverte, Collection Répères, París.
- Cataño, José F. 1997. "El modelo de equilibrio general: ¿estático o estéril?", *Cuadernos de Economía* 27, segundo semestre, 113-139, Universidad Nacional, Bogotá.
- Coase, Ronald. 1998. "The new institutional economics", *American Economic Review*, Papers and Proceedings, 72-74, mayo.
- Cartelier, Jean y D'Autume, Antoine. 1995. *L'économie devient-elle une science dure?*, Economica, París.
- Cartelier, Jean 1995. *L'économie de Keynes*, Colección Université, De Boeck, Bruselas.
- Dagum, Camilo, editor. 1978. *Metodología y crítica económica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Deleplace, Ghislain. Y Nell, Edward. 1996. *Money in Motion. The Post Keynesian and circulation approaches*. Mac Millan Press, London
- Deleplace, Ghislain. 1999. *Histoire de la pensée économique*, Dunod, París.
- Ekelund, Robert y Hebert, Robert. 1991. *Historia de la teoría económica y su método*, McGraw-Hill, Madrid.
- Hahn, Frank. 1983. "La teoría del equilibrio general", Bell y Kristol [1983].
- Hahn, Frank. 1982. "The neo-Ricardians", *Cambridge Journal of Economics* 6, 353-374.
- Marx, Karl. 1975. *El Capital*, Siglo XXI Editores, México.
- Morgestern, Oscar. 1978. "Trece puntos críticos de la teoría económica contemporánea", Dagum [1978].
- Screpanti, Ernesto y Zamagni, Stefano. 1997. *Panorama de historia del pensamiento económico*, Ariel, Madrid.
- Shubick, Martin. 1978. "Guía de un tacaño para la microeconomía", Dagum [1978].
- Sraffa, Piero. 1980. "Las relaciones entre el costo y la cantidad producida", mimeo, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Stigler, George. 1968. *The organization of industry*, parte I, Richard Irwin, Illinois.